

# El Dr. Rafael Angel Calderón en la Historia de Costa Rica

El doctor Rafael Angel Calderón Guardia ocupa un sitio señero en la estima de los costarricenses.

Amigos y no amigos políticos del líder ya fallecido, se han rendido ante la realidad de sus hechos. Código de Trabajo, Seguro Social, solución al problema de límites con Panamá, apertura de la Universidad de Costa Rica y la institución de las Casas Baratas, son sólo algunos de sus logros.

Tuvo errores, como todos los gobernantes. Principalmente los costarricenses —y es un fenómeno universal— tienden a exonerar a sus hombres públicos por las equivocaciones, en tanto los exaltan por sus conquistas para el pueblo cuando éstas han sido de gran aliento.

El Dr. Calderón Guardia y el señor José Figueres, son quizá dos de los últimos caudillos de América. Las masas los han seguido y les han dado su confianza, no importando sus yerros. Su carisma resultó fuerte. Muerto el Dr. Calderón, su figura se acrecentó. El señor Figueres todavía es objeto de polémica ardiente. Los amigos lo quieren a muerte y los enemigos lo detestan. Esto es consustancial al líder autocrático.

Al señor Figueres, con la lejanía del tiempo, se le verá en su verdadera perspectiva. Y a él, igual que a Calderón y a Carrillo —para citar sólo a estos ciudadanos— se le ubicará en su sitio ante la historia.

Probablemente con el señor Figueres pase lo mismo que con el señor Calderón. Después de fallecido, todos querrán aparecer como sus herederos; todos hablarán de continuar su obra; todos dirán que fueron los preferidos.

El tema que estamos tratando es difícil, porque los pueblos son muy sensibles y apasionados. También sus dirigentes. Mas conviene plantear la

sana inquietud de que los líderes políticos piensen más en su época y en las nuevas realidades, antes que en viejas situaciones y en conquistas del pasado.

Todo lo bueno que hizo el doctor Calderón, merece reconocimiento. Lo malo, fue superado por la bondad de su obra. De aquí se deduce que perteneciendo ya a la historia, convendría que se le deje solo con ella y ante ella, sin que se le siga tomando de bandera electoral.

Hay muchos de sus viejos amigos que lo citan con unción para rendirle un tributo justo. Son bastantes los que lo seguirán exaltando como ejemplo bueno de reformador social y de gobernante leal a su gente. Mas también es cierto que sobran quienes lo levantan como antorcha de lucha y no siempre para honrarlo con verdadero sentimiento, sino para hacerlo escudo de ambiciones y de objetivos específicos. Y esto es lo que no se puede ver bien.

Una vez el Doctor Láscaris, que nunca fue calderonista, propuso en una Junta Directiva, informalmente, que al Dr. Calderón se le escogiera como al hombre merecedor de un honor que a su juicio le correspondía.

El Dr. Calderón no había muerto; y su propuesta no se concretó con firmeza. Pero la mayoría de quienes formábamos parte de aquella Junta estábamos de acuerdo en que merecía el reconocimiento por lo que había realizado en bien del país. El distinguido catedrático hizo aquella noche un resumen magnífico de su obra y a nosotros nos impresionó la convicción cristalina con que planteaba su tesis. Tenía razón.

Esa clase de reacción era sana y justa. No buscaba nada. No perseguía nada. Era consecuencia de un examen

objetivo hecho por un hombre que no había sido su partidario pero que razonaba así luego de un análisis panorámico.

Se nos dirá que con qué derecho opinamos de esta manera. Y contestamos: en primer lugar, con el derecho legítimo de un ciudadano que si no fue su partidario, sí fue su amigo personal. Y agregamos: una amistad tan bien recíproca por él —con generosidad y largueza— que la demostró con los hechos. Cuando tuvimos momentos difíciles y azarosos en la política, sin ser sus partidarios, nos honró con su presencia en nuestra casa; nos alentó a la lucha; nos estimuló y apoyó moralmente. Y todo en silencio. En un silencio total. Que se rompe hoy, porque de aquello conocieron unos pocos, y de sus labios nunca salieron palabras que revelaran la naturaleza de su solidaridad, más valiosa en la medida en que se producía en circunstancias severas y graves.

Estos motivos, más personales que públicos, son los que nos mueven hoy, este día, a pedir para el Dr. Calderón Guardia, un respeto que mereció siempre por derecho propio.

Los nuevos líderes que aspiran a hacer una obra, tienen derecho a inspirarse en él y a embeberse en su pensamiento social; y esto podría ser incluso muy bueno. Mas a lo que ya deberían renunciar, es a proseguir citándolo para sus fines electorales; a lo que deberían renunciar es a continuar ubicando las problemáticas y las soluciones en tiempos pretéritos. Los momentos son otros. Los hombres son otros. Las realidades son otras. Y el valor intrínseco del Dr. Calderón, está más allá del bien y del mal. Dejó de ser temporal, para proyectarse en una pequeña pero rica Historia costarricense, de la cual él fue gran hacedor y gran sufridor.

JULIO SUÑOL